

OLAF BULL (1883 - 1933)

El gran poeta danés Tom Kristensen senató que Olaf Bull ha sido el más importante poeta nórdico. Este juicio ha sido sostenido por parte de la mejor crítica escandinava. Su poesía es de una calidad, un aroma y una belleza y emoción difícilmente igualables. Su leit-motiv es el conflicto entre la vida y la muerte. Esta tensión en Bull se manifiesta en dos actitudes paralelas, bien sea la de una desesperanza sin fondo cuya angustia inevitable desemboca en la muerte, o bien en la voluntariosa búsqueda de una fuerza que pueda vencer la inconsistencia y la fugacidad humanas.

Señalaba Bull que “la lírica y la lógica deben ser hermanas gemelas”. El lirismo ardiente de su poesía nunca pierde contacto con la evidencia del mundo real. Hay un extraño equilibrio entre la forma, el sentimiento y la honda ensoñación del poeta. Su dominio de la forma alcanza el virtuosismo. Insistía en que lo importante era “encontrar una forma y conservarla sin que se debilite a través de todos los sufrimientos y las pruebas”. Paul Borum en su abarcador libro “Modernismo Poético” hacía un sutil distingo entre el poeta danés Sophus Clausen y el propio Bull: “Hay en estos dos grandes poetas una conciencia de la forma casi pedante, en Claus los trazos son femeninos y pictóricos, en Bull es como la de una escultura dura y viril”. Sin embargo la forma no es en él una frontera que limite o reduzca su expresión, es más bien el perfecto soporte de un mundo poético de frondosa frescura y esplendor. Su punto de partida es preferentemente el de una impresión sensual en la que el sentimiento está por ella conmovido y a la que el pensamiento y la fantasía siguen elaborando.

Olaf Bull es el legendario poeta del amor. Con difícil intensidad y sabiduría ha sabido observar el sentimiento de la entrega amorosa, los celos, la impotencia, la premonición, el olvido. Otorga al poema una forma caliente y orgánica, lejos de la frialdad de la columna de mármol pero con una precisión y belleza que la recuerdan. “Utilizo —decía— una imagen sensual para que el verso pueda adquirir la misma dulzura natural de los brazos y hombros de una mujer”.

Aparte del amor, existen otros grandes temas en la poesía de Bull, el ebrio canto a la naturaleza, los profundos poemas de la fugacidad del tiempo y de las cosas, el conocimiento de la vida, la descripción enamorada de Oslo. Oslo se vislumbra entre el humo de las grandes ciudades modernas de la poesía, el París de Rilke y Baudelaire, el San Petersburgo de Blok, la Nueva York de Hart Cranes. Su aguda visión filosófica no representa una huida de la realidad, Bull afirmaba que “un poeta que lo es de una vez para siempre, no huye de la realidad, solamente la ensancha a través de su vuelo”. La búsqueda existencial del conocimiento le llevó a estudiar a Bergson y a Einstein y a utilizar en sus poemas algunas de las ideas de estos filósofos. Uno de sus mejores estudiosos, Egil Wyller ha analizado que hay “algo totalmente especial en el sentido existencial de Bull como filósofo órfico del que brota la fuerza fría pero acariciante del Dios muerto”.

Aunque el número limitado de poemas de la presente antología no permita una selección mayor, el lector de lengua española tendrá al menos una cumplida muestra de la poesía de Olaf Bull, en estos textos que lo representan, especialmente en “Metopa”, acaso el mejor poema de Bull y uno de los más hermosos y emocionantes de la literatura escandinava.

BIBLIOGRAFÍA

- Poemas** (Digte, 1909)
- Nuevos Poemas** (Nye Digte, 1913)
- Poemas y relatos** (Digte og noveller, 1916)
- Las estrellas** (Stjernerne, 1924)
- Metopa** (Metope, 1927)
- Oinos y Eros** (Oinos og Eros, 1930)
- Ignis Ardens** (Ignis Ardens, 1932)

PARA TI

¡Para ti, tú la más querida, sólo tú,
mi deliciosa primavera, mi juventud,
mi compañera en el sendero del verano!

¿Te acuerdas del pasado año
allí donde el camino llegaba a través del parque
bajo árboles azules de sol?

¡Se arqueaba y crepitaba la tierra virgen,
y del sol bebían los troncos
a través de la agrietada corteza!

¡Con rebelde y luminosa sonrisa llevabas
tu espléndida capa de reina
rociada de Abril!

¡Tu cabello era una fiesta brillantemente joven
donde las flores oscilaban y se movían
como podían mejor!

¡Entonces nos parecía que nuestra primavera azul
debería tener como verano
todos los años venideros!

(De "Digte". 1909)

DESDE LA VENTANA DE MEZANIN

Juntos en la pálida luz de la estancia
estamos mi esbelta amante y yo.
Con el latido retenido de nuestros corazones, bebemos
el mismo instante que a los dos se nos ofrece
y quietos permanecemos y hendimos la luz,
que viene desde tiempos cuando no existíamos,
y que quiere brotar con su sesgado rayo
profundamente en los tiempos cuando ya no seamos.

¡Y son nuestros días de verano en la luz
que penetra a través de la guirnalda de hojas de la ventana,
y esta noche profunda se extinguirá
y se unirá a las otras silenciosamente!
¿Cuándo me rozó por última vez la luz cegadora:
el inútil rico resplandor,
que enciende el vello de las mejillas de esta mujer
sin que adivine por qué es mía?

¡Estamos en la siembra soñadora del sol
que centellea tras el demasiado encorvado pino;
veo tu cadera a través de la tela añil de la falda,
que precisa se dibuja en forma y línea.
Contemplo tus manos iluminadas por el sol
con finos poros de perlas en su tez,
donde todo es cercano y firme! ¡Donde todo acaba
y nada es eterno, oh Dios!

Pero lejos en la llanura, veo también el contorno
de la antigua montaña de Sócrates y la colina de Tibur,
y la copa del pino, sobre el arco de la ventana,
se convierte ahora en una mano que da sombra al ojo.
Y desde otra Mezanin interpretan
—Chopin— y un vigilante de manos blancas rompe
en círculos insomne su trino blanco de azucena
tras sólidos floreros romanos llenos de rosas.

(De "Digte". 1909)

METOPA

¡Quiero clavarte en ritmos tiernamente inmóvil!
¡Quiero conservarte profundamente para que permanezcas
en el joven alabastro eterno del poema!
¡Tú que ansiosamente te conmueves por el sol! ¡Con la frente
de muchacha vuelta hacia el oro pálido de la tarde,
tornas suavemente un cielo contra el otro,
igual que la luz y la ternura y lo totalmente perdido!
¡De buena gana daría todos mis versos mundanos
por haber sido capaz de sólo uno: esculpir
en la piedra rebelde de la memoria una tierna metopa
sobre su permanencia, sobre el suave perfil de tu alma!

¡Caminamos sobre la arena húmeda del reflujo! ¡Escuchas
airosos surtidores de olas del mar del verano!
¡Sentimos mansamente que la quietud del atardecer mueve
siempre más lejos su entonada frontera!
¡Tañen débiles sonidos que vuelven deslizándose
detrás de bosques enrojecidos, agujas de iglesias doradas
y las iluminadas olas del aire débilmente se hunden
como arroyos de sol en las montañas que existen!

¡Las cimas azulean. Las estrellas están cercanas!
¡Las últimas nubes se apresuran a retornar al ocaso!
El prado está en oración; ¡del reflujo del aire
se alza el Arcturus! ¡Cuidadosamente tras la valla de piedra gris,

respira un viento en la piel plateada del centeno!
A través de tu mirada hay un cálido y hondo suspiro,
en medio de una oscuridad azul puede ver el ojo
una chispa errante, un húmedo esplendor de miel,
y calmoso te pregunto: "¿En qué piensas, amada?"

¡Pienso en tardes como esta que no me dejan vivir.
en maduras campiñas que sin mí hierven de trigo!
¡En leves cosas emocionantes: la espiga que se quiebra,
caminos de la mar, pálidas velas lejanas,
olas que afluyen a la playa sin mí!
¡En el día cotidiano, que dócilmente se queda tras la tumba,
pienso, amada, y en todas las profundas tardes azules
que vendrán al jardín del estío,
sin mi alma contra la tuya, en ello pienso!

¡Todo colma mi ojo como una lágrima,
yo, solo y angustiado y pobre, pronto lloraré!
¡Todas las cosas esta tarde son nuestras,
dentro de poco, estos ebrios años serán momentos olvidados
cuando los pensamientos resbalen y el ojo vea con claridad!
¡Oh, querida, mira que profunda y oscura quedó la bajamar!
¡Qué extraña la playa cuando el agua descendió!
Quisiera saber si la tarde pavorosa está lejana, cuando estemos
en una playa más desnuda que esta, abandonados de todo.

Sin embargo es un dulce y feliz milagro,
que estos prados de trigos, sotos y árboles,
cuyas cumbres tan distantes como la mirada alcanza,
se empañen dulcemente de nuestros cortos segundos.
¡Solamente ese abedul es nuestro donde esté!
¡Y las vallas también! ¡El viejo carro de labranza
está inmóvil sobre la hierba, y allí están
las estacas de los almiarés junto a los serbales,
y todos los años, la zanja es verde como antes!

¡Oh querida: si en las hondas tumbas se pudiera jurar fieramente
me quedaría aquí en la pradera, con la hierba,
con aquél abedul, con sus estrellas, y las montañas!
¡Solamente por defender
nuestro jardín sagrado: moriría!
¡Tómame, querida, y abrázame! ¡Sé que el estrecharme así
será pronto el único fulgor de esperanza,
el veloz y ardoroso instante luminoso que conseguiré
despertar en mi otra eternidad!

¡Y yo, un hombre vivo en el hogar de la tierra,
un hombre verdadero de carne y hueso, de arriba abajo,
puedo, aturdido y medroso, sentir en mi pecho,
algo, que es solamente alma, mirada y voz

disuelto en el presentimiento y en la angustia dolorosa!
¡Tú sola! ¡Todo lo que puedo es únicamente acariciar en silencio
tu perfumado cabello, tener tu mano en la mía,
y así, frente a frente, están Pan y Psique
ante un mar de trigo con brillo de estrellas!

(De "Metope", 1927)